

EL MUÑECO DE GRANIZO

El miedo me invade ahora que el frío se me cala en los huesos y me hace tiritar. No quiero que se repita esa horrible experiencia que padecí en el invierno del año pasado.

Yo vivía en la casa de mis padres. Era una vivienda antigua ubicada en las afueras de la ciudad. Como murieron me quedé viviendo solo, y no pude convencer a mi hermana para que se viniera con su esposo y los niños, no valieron mis ruegos, se negó de forma tajante y yo no le insistí.

Sabía que la casa le infundía terror, no sólo por su soledad, sino también porque ahí fue velado nuestro padre.

Desde el avión la casa se ve como un pequeño pesebre de navidad, con un abrevadero para vacas y un senderito que sale a la calle del barrio.

En uno de esos días del invierno del mes de noviembre se había ido la luz en la casa y parte de la noche se fue en penumbras.

La luz llegó como a las diez de la noche y lo primero que hice fue prender el televisor.

En el noticiero mostraron los estragos del invierno: las calles inundadas, el naufragio de colchones y electrodomésticos en el interior de las casas y los

parques de la ciudad recubiertos por enormes capas de granizo. Un grupo de bomberos removía el hielo que había sepultado varios carros en un garaje.

Para suavizar la gravedad de las noticias mostraron a un grupo de niños fabricando muñecos con residuos de granizo en compañía de sus padres. Cuando los terminaban les colocaban corbatas rojas y posaban para la cámara de televisión.

Me pesó haber prendido la tele porque uno de los muñecos que observé me impresionó, no sé por qué, pero lo vi moviendo los ojos. En ese momento me corrió un escalofrío por todo el cuerpo y para colmo de males se volvió a ir la luz y duré mucho tiempo buscando una vela. Como a las cinco de la mañana me olvidé de esa criatura convencido de que había sido víctima de la autosugestión.

Ahora que escribo esto se desata la primera lluvia del mes, y temo porque vuelven a hacerse famosos estos muñecos, de por sí tan populares para el decorado de vitrinas, ventanas y calles en la época navideña.

Para atenuar el miedo sigo escribiendo, aprovecharé para terminar mi último libro de cuentos, donde incluiré esta historia. Espero que el recuerdo de esa imagen no sea un estorbo.

Durante ese invierno me la pasé tapando goteras y usando calefacción, pues el frío era pronunciado. Por las tardes corría neblina y el cielo encapotado

obligaba a la gente a permanecer en sus casas. Los pocos que salían se cubrían con ruanas acercadas a la cara para defenderse del clima horripilante.

Los veía desde la terraza y después me bajaba para encerrarme en mi estudio adaptado como dormitorio y como sitio para hacer de comer. Los otros cuartos, incluida la cocina, la clausuré a la muerte de papá.

El día en que me fijé en ese abominable muñeco, el torrencial aguacero había crepitado en forma de granizo, arrojándose violentamente sobre los ventanales que rodean la casa (nueve en total, la casa tiene ocho piezas y es de dos pisos). Aquello parecía infernal, pues la andanada de rayos puso mis nervios de punta y los vidrios eran hebrillas torcidas de agua. Siempre que llovía, no me quedaba quieto dentro de la vivienda y recorría los dos pisos, observando goteras, o los estragos del invierno para después hacer las reparaciones pertinentes.

Los días posteriores a la aparición fueron de mucha zozobra, cada imagen, cada palabra pensada, cada recuerdo era amalgamado por la imagen distorsionada de un muñeco con ojos rojos, con cambios repentinos, unas veces era gris, otras, oscuro o luminoso.

En uno de esos días como a la una de la tarde para colmo de males volvieron presentar un recuento de la historia del crudo invierno. Volví a ver las imágenes inundadas de granizo, pero cuando de nuevo vi un muñeco con ojos

de rubí, apagué el televisor y estrellé el control contra el piso como si esa fuera la solución.

Como por variar, granizaba, y ya el potrero estaba cubierto y mucho se había amontonado en la puerta de entrada de la casa. De un momento a otro me quedé asombrado viendo el fenómeno. Un muñeco de granizo a cincuenta metros de mi casa abría los ojos mientras se acercaba lentamente hacía mi morada, eso era tétrico, creí que me iba a desmayar.

Como un loco me retiré de la ventana y corrí hacia la terraza, para buscar seguridad. Por momentos quise saltar, pero no fue necesario, el muñeco ya no se veía.

Reflexioné y me di valor, antes había dado muestras de valentía, y no tenía porque temer a un ser tan miserable. De repente el potrero dejó de crecer, la lluvia mermó, y el granizo se empezó a derretir.

Caída la tarde se veía las calles encharcadas, la neblina seguía envolviendo la tarde y las sombrillas negras de la gente eran un espectáculo de fantasmas. Llamé a mi hermana desde el teléfono de la tienda de la esquina y me ofreció su casa, pero me negué, estaba resuelto a enfrentarme al maldito muñeco, en adelante lo presenciaria con firmeza hasta que desapareciera de mi visión. (había leído en las novelas góticas que todo fantasma se muestra por pocos segundos y desaparece).

Como a las once de la noche había dejado de llover, pero a las lucecitas de las casas circunvecinas se les veía la humareda de la neblina.

Al día siguiente me despertó el aguacero de la mañana, me preparé un café y me dediqué a leer casi todo el día encerrado en mi estudio. A la una de la tarde estaba oscuro, pero había dejado de llover, de repente observé la provisión de granos, no tenía ningún problema, además a los tres días recibiría la pensión que me dejó papá antes de morir.

Como a las cuatro de la tarde arreció el agua y nuevamente el granizo golpeó las vidrieras, y las imágenes aplazadas del muñeco durante ese día aparecieron en mi mente con su desfile de carnaval. Ya la neblina empezaba a envolver la casa y el granizo se depositaba en las bases de los ventanales.

Antes que cayera ese aguacero había salido a la tienda de enfrente para aprontar velas, cigarrillos y café. Al parecer dejé la puerta mal cerrada, por eso y mientras el nivel del potrero crecía por el granizo la puerta se abrió violentamente y una descarga de hielo invadió la sala de la casa.

Sentí miedo y me preparé para lo peor. Primero fue la imagen en mi cerebro, luego lo que corroboré mirando hacía el abrevadero de las vacas, ahí estaba. Eso sí lo que prometí lo cumplí, me mantuve mirándolo a los ojos, pero en el momento en que el muñeco se vino en dirección hacia la puerta no tuve más remedio que subir a la terraza y tirarme en medio del macabro aguacero que me maceraba el rostro.

Fue difícil salir del potrero, cada que avanzaba el granizo me chupaba los zapatos, pero pudo más el miedo y el deseo de seguir corriendo. En una tregua de unos segundos miré aterrorizado hacía mi casa e increíblemente el muñeco de granizo me veía huir desde la ventana de la sala, desde donde acostumbraba a ver llover. Fue tanto mi temor que apuré mis pasos y salí a la calle, tomé un taxi y llegué hasta aquí.

Hoy vivo resignado, no fui capaz con mi orgullo, y acepté IR con mi hermana.

Desde entonces la casa quedó clausurada, aún no la puedo vender, cuando el negocio está casi listo, algún vecino malintencionado narra la historia del muñeco de granizo y ahuyenta al comprador. Eso hace ya un año y la casa empezó a ser sepultada por el rastrojo.

El potrero debe estar granizado como esta calle que miro ahora que termino de escribir.